





El paraíso
—que merece ser— recobrado

Primera edición: *Abril 2016*

Esta edición consta de: *800 ejemplares*

Título: *El paraíso —que merece ser— recobrado*

Título original: *Paradise (To Be) Regained*

Autor: *H. D. Thoreau*

Traducción: *Javier Rodríguez Hidalgo*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-943217-2-6*

Depósito legal: *M-9824-2016*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Se puede reproducir este libro tranquilamente

Nota de los editores



Cuando en 1845 H. D. Thoreau construyó su cabaña cerca del lago Walden y se dedicó a transcribir su experiencia en su obra homónima, los signos de la transformación del mundo que produciría la industrialización todavía no se habían generalizado. Sin embargo la mutación que había tenido lugar en las conciencias de los ciudadanos de Concord, su ciudad, era lo suficientemente clara como para despertar la inquietud y la sensibilidad del autor de *Walden*. Tanto en sus voluminosos *Diarios* como en sus libros y múltiples conferencias, su experiencia de la naturaleza se convirtió en la defensa de una conciencia que corría el peligro de extraviarse con los avances de la economía industrial: la de la pertenencia del ser humano al complejo entramado de la vida que era necesario reafirmar en todo momento.

Como señalara Leo Marx en su libro sobre la literatura pastoral americana, *La máquina en el jardín*, la escritura de Thoreau fue esencialmente afirmativa, y pretendió llevar el ideal bucólico a la experiencia vivida, a través de la creación literaria derivada directamente de *una vida en los bosques*. Lo que encontró, a menudo, fue la conciencia de una trascendencia truncada, y los signos de los profundos cambios que la economía estaba produciendo en todas partes. Por eso en Thoreau podemos encontrar tantas veces, entremezclados, el ensueño que sigue a la descripción de los colores de otoño en los bosques de Maine o la evocación del sabor de las manzanas silvestres, con una aguda crítica a las instituciones sociales, llamadas a desobedecer

al gobierno civil, o la apología de la acción armada del Capitán Brown contra el esclavismo.

No se trata en Thoreau, por tanto, de una defensa de la naturaleza como si de un protoecologista se tratase, ni tampoco de la actitud contemplativa y pacífica con la que algunos lo han querido retratar. Más bien nos encontramos ante la resistencia de la conciencia individual a las transformaciones que la vida organizada por la economía empezaba a propiciar en el siglo XIX. No una reclamación del cuidado que debemos dispensar a una naturaleza externa que necesita de nuestra protección, sino la afirmación de que nuestra conciencia y nuestros pensamientos más valiosos son resultado de esa misma naturaleza. Siendo una sola cosa, conciencia y naturaleza son destruidas al mismo tiempo por el movimiento que tiende a «considerar la tierra como una propiedad» y nos depara «la vida más vil».

Cuando Thoreau comenzó a cultivar frijoles junto a su cabaña en Walden no lo hizo tanto para lograr una especie de soberanía alimentaria *avant la lettre* como para agudizar su conciencia: «Algunos deben trabajar en los campos aunque sólo sea en pro de los tropos y de la expresión, para poder crear parábolas algún día». Cuando esa conciencia se exaspera da sus frutos, y no son frijoles, sino la desobediencia a la autoridad civil de un Estado que promueve el esclavismo. La anécdota de aquel día que pasó en el cuartelillo por no pagar sus impuestos es de sobra conocida, pero pocas veces se la relaciona con aquella breve experiencia de *cultivo* que, en lo referido a la cuestión alimenticia, en

realidad le costó dinero y le llevó a tener que emplearse como jornalero para poder sobrevivir.

Últimamente asistimos a la reedición en castellano de algunas de las obras más importantes de Thoreau, del mismo modo que las miles de páginas de sus *Diarios* siguen ofreciendo una fuente inagotable para antologías y recopilaciones que hemos leído en muchos casos con verdadero placer. Sin embargo, por nuestra reconocida tendencia a pensar mal, creemos que esta atención editorial que está mereciendo últimamente el autor de Concord es inversamente proporcional al *cultivo* de la rebeldía y la desobediencia que una lectura consecuente debiera inspirar. Quizá sea demasiado pedir que los libros tengan hoy esa capacidad de inspirar, siquiera de conmover, a quien los lee. Hay tantas cosas que confabulan en contra de una lectura bien hecha que publicando este libro casi podríamos sentirnos, como diría Alfonso Berardinelli, lanzando al mar un mensaje dentro de una botella.

En 1843, a petición de su amigo Emerson, Thoreau escribió una reseña del libro del ingeniero alemán John Adolphus Etzler *El Paraíso al alcance de todos los Hombres, sin Trabajo, mediante la Energía de la Naturaleza y la Máquina*. La reseña, titulada *Paradise (to be) regained*, suponía una abierta crítica a las utopías tecnológicas que pretendían transformar el mundo entero, con el fin de conseguir un paraíso de abundancia y felicidad para el ser humano, mediante la aplicación y el desarrollo de las técnicas y la maquinaria industrial. La intuición de las con-

trapartidas que supondrían estos sueños demenciales llevó a Thoreau a escribir:

Pronto será manifiesto que estamos vislumbrando ya una época en que la voluntad del hombre constituirá una ley para el mundo físico, y en que dejará de sentirse intimidado por abstracciones tales como el tiempo y el espacio, la altura y la profundidad, el peso y la dureza, pues será el verdadero amo de la creación.

Hoy vivimos inmersos en la culminación de esa época y en sus desastrosas consecuencias. Las desaforadas utopías tecnológicas ya no sólo pretenden transformar el mundo para ofrecernos un inmenso y artificial Jardín del Edén, sino que, ante la constatación del fracaso de sus intentos, la única respuesta que se atisba en el horizonte es una nueva vuelta de tuerca en el acondicionamiento tecnológico, que se extiende a cada vez más ámbitos de la existencia. El cultivo de nuestra conciencia y nuestros pensamientos no sólo ha perdido su relación con la naturaleza, sino que puede llegar a ser prescindible en un mundo donde todo lo producido tendrá la marca de *inteligente* para evitarnos el trabajo de serlo nosotros. Si con este libro contribuimos, al menos, a ofrecer una oportunidad para el cultivo de cierta rebeldía contra este estado de cosas, nos daremos por satisfechos.

Ediciones El Salmón

El paraíso
—que merece ser— recobrado



Nos cuentan que el señor Etzler es originario de Alemania, y que publicó la primera edición de su libro en Pensilvania, hace diez o doce años; y que ahora sus lectores del otro lado del océano están pidiendo una segunda edición inglesa del original norteamericano¹, debido —supongo— a la reciente expansión de las doctrinas de Fourier. He aquí un signo de los tiempos. Tenemos que confesar que, después de leer el libro, nos hemos incorporado con ideas más amplias y una concepción más grandiosa de nuestra misión en este mundo. Esta obra nos ha elevado un poco. Vale la pena prestarle atención, aunque sólo sea porque presenta cuestiones de gran calado. Véase lo que propone Etzler:

¡Camaradas! Os prometo enseñaros cómo crear un paraíso de aquí a diez años, en el que todo lo que es deseable para la vida humana quede al alcance de cualquier hombre de manera inagotable, sin tener que trabajar penosamente ni pagar por ello; en el que la superficie toda de la naturaleza cambie para adoptar las formas más hermosas y el hombre pueda vivir en los palacios más espléndidos, con todos los lujos imaginables y los jardines más deleitosos; en el que pueda realizar, en sólo un año y sin trabajar, más de lo que podía hacer antes en milenios: nivelar montañas, horadar valles, crear lagos, drenar lagos y pantanos y atravesar la tierra por doquier con hermosos canales y carreteras para transportar cargas de muchos miles de toneladas y para viajar mil millas en veinticuatro horas; cu-

1. *The Paradise within the Reach of all Men, without Labor, by Powers of Nature and Machinery. An Address to all intelligent Men. In Two Parts*, de J. A. Etzler. Primera parte, segunda edición inglesa, pág. 55, Londres, 1842.

brir el océano de islas flotantes capaces de moverse en la dirección que se desee con una energía y una velocidad inmensas, y con plena seguridad y todas las comodidades y lujos, llevando consigo jardines y palacios con miles de familias, abastecidas por miles de riachuelos de agua dulce; explorar el interior del globo y viajar de un polo a otro en un par de semanas; dotarse de medios inauditos para aumentar su conocimiento del mundo, y por tanto su inteligencia; vivir una vida de felicidad continua y de goces aún desconocidos; liberarse de casi todos los males que han afligido a la humanidad, salvo la muerte, e incluso retrasar ésta mucho más allá del periodo normal de la vida humana y, por último, hacer que sea menos penosa. La humanidad podrá vivir y disfrutar un mundo nuevo, muy superior al que conocemos, y elevarse mucho más arriba en la escala del ser.

Se diría, a la vista de ésta y de otras observaciones similares, que existe un trascendentalismo en la mecánica, al igual que en la ética. Mientras que un reformador sitúa su ámbito de influencia más allá de los límites del espacio, tal otro pretende llevar hasta el extremo sus planes para la elevación de la raza. Mientras uno friega los cielos, el otro barre la tierra. Uno dice que se reformará a sí mismo y a partir ese momento la naturaleza y las circunstancias estarán bien. No nos pongamos obstáculos a nosotros mismos, pues ahí es donde se produce la mayor fricción. Poco importa que una nube impida la visión del astrónomo, en comparación con su propia ceguera. El otro reformará la naturaleza y las circunstancias, y entonces el hombre es-

tará bien. «Se acabaron las ambigüedades —dice— acerca de la reforma del mundo; yo reformaré el globo entero». ¿Qué más da que para ello extirpe este humor de mi carne, o que extirpe un humor pestilente de la carne del mundo? ¿No es esta última la vía más generosa? En la actualidad, el planeta se pasea por su órbita con una constitución maltrecha. ¿No tiene asma, y paludismo, y fiebre, e hidropesía, y flato, y pleuresía, y los más diversos parásitos? ¿Acaso las leyes que rigen su vigor no se ven asediadas, al igual que su energía vital, pese a que son estos los que acabarán salvándolo? Nadie duda de que los meros poderes de la naturaleza, debidamente guiados por el hombre, podrían convertirlo en un entorno saludable y paradisíaco; del mismo modo que las leyes de la constitución del hombre sólo esperan a ser obedecidas para devolverle la salud y la felicidad. Nuestros remedios milagrosos curan muy pocas dolencias, y nuestros hospitales generales son privados y elitistas. Nos hace falta otra Higía que adorar. ¿Acaso los curanderos no prescriben dosis reducidas para los niños, más grandes para los adultos, y aún mayores para bueyes y caballos? No nos olvidemos de que vamos a curar todo el planeta. Hemos heredado esta bella casa, ¡y qué poco hemos hecho por mejorarla, cuán poco hemos limpiado y podado y cavado! Por eso tendemos demasiado a buscar una «tierra mejor» sin mover un dedo, como hacen esos granjeros que se van a Ohio; ¿pero no sería más heroico y honrado roturar y rescatar este rincón del mundo llamado Nueva Inglaterra? Las energías del mundo, aún jóvenes, sólo necesitan ser dirigidas por el canal adecuado. To-

dos los periódicos traen noticias de los salvajes caprichos del viento, ya sean naufragios o huracanes, que marineros y labradores aceptan como designios particulares o generales de la providencia; pero que también agitan nuestra conciencia y nos recuerdan nuestros pecados. Un nuevo diluvio acabaría con la humanidad. Admitimos que nunca hemos sentido demasiado respeto por esta raza antediluviana. Un hombre de negocios de pura cepa no puede dedicarse plenamente a los asuntos² de la vida sin antes hacer balance de sus cuentas. Cuántas cosas se han abandonado. ¿Quién sabe en qué sentido soplará mañana el viento? No sucumbamos a la naturaleza. Dominaremos las nubes y someteremos las tempestades; envasaremos las emanaciones pestilentes, estudiaremos los terremotos y los erradicaremos; disiparemos los gases nocivos; destriparemos el volcán y extraeremos su veneno, arrancaremos su semilla. Limpiaremos el agua, y calentaremos el fuego, y enfriaremos el hielo, y sostendremos la tierra. Enseñaremos a volar a los pájaros, y a nadar a los peces, y a los rumiantes a masticar la hierba. Ya iba siendo hora de dedicarse a ello. Y también al moralista le vendrá bien preguntarse qué podría hacer el hombre para mejorar y embellecer el sistema; qué hacer para que las estrellas brillen más, para que el sol sea más radiante y gozoso y la luna más plácida y satisfecha. ¿No podría perfeccionar el color de las flores y la melodía de los pájaros? ¿Cumple con su misión respecto

2. El autor utiliza dos veces la palabra *business*, que se ha traducido primero como «negocios» y luego como «asuntos». [Ésta y las demás notas son del traductor]

a las razas inferiores? ¿Acaso no debería ser un dios para ellas? ¿Qué cuota de magnanimidad les corresponde a la ballena y al castor? ¿No debería darnos miedo intercambiar nuestro puesto con ellos durante un día, no fuera que su comportamiento nos avergonzase? ¿No podríamos tratar con piedad al tiburón y al tigre, en lugar de rebajarnos a su nivel para cazarlos con lanzas hechas de dientes de tiburón y escudos de piel de tigre? Calumniamos a la hiena: el animal más fiero y cruel es el hombre. ¡Ah, qué pequeña es su fe! Incluso los cometas errantes y los meteoros sabrían darle las gracias, y corresponderle la amabilidad a su manera. ¡Con qué egoísmo y brutalidad tratamos a la naturaleza! ¿Es que no podríamos hacerlo de una manera menos bárbara? ¿Qué otra cosa sugieren esos grandes inventos, el magnetismo, el daguerrotipo, la electricidad? ¿No sabemos hacer otra cosa que talar y menguar el bosque? ¿No somos capaces de contribuir a su economía interna, a la circulación de la savia? Pero actuamos con violencia y superficialidad. No concebimos todo lo que podríamos hacer para mejorar nuestra relación con la naturaleza animada; cuánta amabilidad y cortesía podría haber en nuestro trato.

Existen ciertas actividades que, si bien no del todo poéticas y verdaderas, al menos sugieren una relación más noble y pura con la naturaleza de lo que somos conscientes. La apicultura, por ejemplo, constituye una injerencia muy leve. Es como dirigir los rayos del sol. Todas las naciones, desde la más remota antigüedad, han manejado así el

mundo natural. Están Himeto e Hibla³, ¿y cuántos otros lugares célebres por sus abejas? Nada tienen de degradante esos pequeños rebaños, cuyo zumbido asemeja al más suave mugido del ganado en los prados⁴. Un amable periodista nos recordaba hace poco que en ciertos lugares se lleva a las abejas a alimentarse allí donde las flores son más abundantes. «Columela⁵ —contaba— nos dice que los habitantes de Arabia enviaban sus colmenas al Ática para aprovechar que las flores se abrían más tarde». Año tras año se transportaban las colmenas en inmensas pirámides a lo largo del Nilo en barco, y tenían que flotar lentamente siguiendo la corriente durante la noche para descansar de día, como las flores cultivadas en las orillas; y determinaban la riqueza de un lugar, y por tanto lo beneficioso de su estancia en él, en razón del grado de sumersión del barco en el agua. El mismo escritor nos habla de un alemán cuyas abejas producían más miel que las de sus vecinos, pese a que no poseyeran ventajas visibles; pasado el tiempo, este hombre contó a sus vecinos que había orientado las colmenas un grado más hacia el este, por lo que sus abejas, que comenzaban el día dos horas antes, eran las primeras en libar la miel. Ciertamente en estos ejemplos encontramos astucia y egoísmo, pero al espíritu dotado de talante poético le muestran lo que podría hacerse.

3. Lugares famosos en la Antigüedad por la calidad de su miel. Himeto era una montaña del Ática; Hibla, una ciudad de Sicilia.

4. Juego de palabras del autor: *mead* puede tener el significado de «prado» e «hidromiel».

5. Lucio Junio Columela, autor de la obra *De re rustica* (siglo I d.C.).

Abundan ejemplos de intromisiones más burdas, aunque no carezcan de una justificación. El verano pasado vimos, en la ladera de un monte, un perro que se dedicaba a hacer la mantequilla para la familia de un granjero, marchando sobre una rueda horizontal, y aunque tenía ojos irritados, una tos inquietante y un aire cohibido, gracias a él la mantequilla llegaba al pan. No hay duda de que allí donde se obtiene un gran triunfo, siempre es a costa del sacrificio de la tropa. En los últimos años se ha ahorrado una gran cantidad de esfuerzo innecesario a los caballos, *in extenso*, en beneficio del hombre, gracias al aprovechamiento de tan sólo dos fuerzas: la gravedad de la bestia, que es centrípeta, y la inclinación centrífuga del ser humano a marchar hacia delante. Estos dos han sido los únicos elementos de cálculo. ¿Y no se economiza mejor así toda la economía del animal? ¿Acaso los seres finitos no prefieren los movimientos relativos antes que los absolutos? ¿Y qué es el mismísimo globo terráqueo sino una rueda — una gran rueda de molino— que a menudo frena y neutraliza los pasos más libres de nuestro caballo por las praderas, debido al movimiento de la tierra sobre su propio eje? Pero aquí el agente central y la energía motora es el hombre; y, para cambiar de escenario, si se pone una ventana frente a él, ¿acaso la actividad siempre cambiante y la vibrante energía del animal no producirán el mismo efecto que el paisaje más rico de un camino en el campo? Hemos de confesar que los caballos trabajan hoy día exclusivamente para los hombres, y rara vez los hombres para los caballos; y la bestia degenera en compañía de los humanos.

Pronto será manifiesto que estamos vislumbrando ya una época en que la voluntad del hombre constituirá una ley para el mundo físico, y en que dejará de sentirse intimidado por abstracciones tales como el tiempo y el espacio, la altura y la profundidad, el peso y la dureza, pues será el verdadero amo de la creación. «Bueno —se dirá el lector de poca fe—, “la vida es corta, pero el arte es largo”; ¿dónde se encuentra el poder que efectuará todos esos cambios?». Eso es lo que pretende mostrar el libro del señor Etlzer. De momento sólo quiere recordarnos que ya existen en la naturaleza unas fuentes de energía, innumerables e inmarcesibles, que todavía no se han mejorado a gran escala, ni se han puesto al servicio de unas metas generosas y universales, y que son más que suficientes para este fin. Sólo quiere señalar su existencia, del mismo modo que un perito da a conocer la de la energía que posee un arroyo cualquiera; pero, en lo que concierne a su aplicación, Etlzer apela a la continuación de su libro, que se llamará *El sistema mecánico*. Entre estos poderes⁶ los más familiares son el Viento, las Mareas, las Olas y la Luz Solar. Examinemos su valor.

En primer lugar está el poder del viento, que actúa sobre el globo sin cesar. Si se observa desde un velero, y mediante cálculos científicos, se deduce que el poder medio del viento es igual al de un caballo por cada cien pies cuadrados⁷. «Sabemos», dice el autor,

6. La palabra *power* tiene en inglés el significado de «poder» y de «energía».

7. Un pie equivale a poco más de treinta centímetros.

que los barcos de primera clase tienen velas de doscientos pies de alto; por consiguiente, podemos desplegar superficies de la misma altura en tierra firme. Imagínese una fila de superficies como ésta a lo largo de una milla, o unos 5.000 pies; equivaldrían entonces a un millón de pies cuadrados. Crúcense estas superficies con el viento en ángulo recto mediante algún dispositivo y recibirán a consecuencia de ello toda su energía en todo momento. Dado que su energía media es igual a la de un caballo por cada 100 pies cuadrados, la energía total sería igual a un millón dividido por 100, es decir, 10.000 caballos. Si admitimos que la energía de un caballo equivale a la de 10 hombres, la energía de 10.000 caballos es igual a la de 100.000 hombres. Pero, puesto que los hombres no pueden trabajar ininterrumpidamente, sino que necesitan la mitad del tiempo para dormir y descansar, la misma cantidad de energía equivaldría a 200.000 hombres. [...] No tenemos por qué limitarnos a 200 pies de altura; si hiciera falta, podríamos extender la aplicación de esta energía hasta la altura de las nubes sirviéndonos de cometas.

Pero tendremos una de estas vallas por cada milla cuadrada de la superficie del planeta, ya que, como el viento sopla sobre la tierra en un ángulo de más de dos grados, lo que es evidente si se observa su efecto en alta mar, ello permite acercarse aún más. Dado que la superficie del globo es de unos 200 millones de millas cuadradas, la cantidad total de energía eólica en ella equivale a 40 billones de hombres, y «podría desempeñar 80.000 veces más trabajo que todos los hombres de la tierra con todas sus fuerzas».

Si alguien objeta que este cálculo incluye la superficie de los océanos y las regiones inhabitables de la tierra, en las que esta energía no podría emplearse para nuestros fines, el señor Etzler no vacilará en responder: «Pero, como recordarán —dice—, he prometido mostrar los medios para hacer que el océano sea tan habitable como la más fértil región de tierra firme; y no excluyo ni siquiera los polos».

El lector observará que nuestro autor no utiliza la valla más que como una fórmula conveniente para representar la energía eólica, y no le parece necesario proponer una forma de aplicación. Esa equiparación entre la energía del viento y la del caballo no nos parece muy válida, ya que no se menciona ningún terreno común para que podamos compararlos. Sin lugar a dudas, cada cual es excelente a su manera, y cualquier comparación genérica para llevar a cabo un fin práctico en concreto concederá la prioridad a uno en detrimento del otro. Los cálculos científicos sólo suelen ser verdaderos sobre el papel. Tenemos la sospecha de que un vagón cargado, con una vela ligera de diez pies cuadrados, no se habrá movido tanto en un año como un caballo de carreras o de tiro en las mismas circunstancias. ¿Y cuántas estructuras delirantes de las mismas dimensiones en todo el mundo estarían esperando a pudrirse aunque se les arreara un caballo, así fuera en la dirección del viento? Está claro que este no es el principio de comparación. Pero incluso la fuerza constante y prolongada del caballo puede igualarse como mínimo a su peso. Sin embargo, antes dejaríamos que el céfiro y

la galerna descargarán todo su peso sobre nuestros muros antes que amarrar a un percherón por las patas para hacerles frente con amargura durante toda una estación.

No obstante, hay una fuente de energía casi incalculable a nuestra disposición, aunque no empleemos más que una parte ínfima de ella. Sólo sirve para hacer girar unos cuantos molinos, impulsar algunos navíos a través del océano y realizar alguna bagatela más. ¡Magro cometido para nuestro enérgico e infatigable sirviente!

Si ustedes me preguntan por qué esta energía no se utiliza, yo les preguntaré a su vez por qué se descubrió tan tarde la aplicación de la energía del vapor. Millones de hombres habían hecho hervir agua durante muchos miles de años. Debieron darse cuenta más de una vez de que el agua hirviendo en pucheros y cazuelas cerrados era capaz de levantar la tapa o reventar violentamente el recipiente. La energía del vapor era por consiguiente bien conocida para cualquier cocinera o ama de casa, al igual que la energía eólica; pero ni una ni otra fueron objeto de una observación y una reflexión atentas.

Una vez que los hombres han descubierto la energía del agua corriente, que al fin y al cabo es relativamente débil, ¡con qué premura se lanzan a mejorar estos *privilegios*! Basta que se descubra un desnivel siquiera de unos metros en un arroyo cercano a una ciudad populosa y un entorno adecuado para dejar que actúe la gravedad, y la economía local en su conjunto cambiará de inmediato. Cierto que los hombres especulan sin ton ni son sobre esta for-

ma de energía como si fuese el único privilegio, pero entre tanto esta corriente aérea está cayendo desde una altura mucho mayor y con un flujo constante, sin que las sequías puedan hacerlo menguar, y permite que aparezcan molinos allí donde sopla el viento; un Niágara del aire, sin un Canadá alrededor. Sólo cuesta encontrarle un uso.

También está la energía de las Mareas y las Olas, que suben y bajan constantemente, creciendo y decreciendo, pero que sirve al hombre de muy pocas maneras. Hacen girar algún que otro molino y realizan otras tareas tan insignificantes como accesorias. Todos nos damos cuenta del efecto de la marea; la forma imperceptible en que se desliza por nuestros puertos y ríos y levanta los buques más pesados como si fueran ligeras chalupas. Todo lo que flota se somete a ella. Pero el hombre, poco ducho en aprovechar la ayuda que le ofrece la naturaleza, se sirve de ella pobremente y de manera irregular, para reparar los barcos y echarlos a la mar en el momento de la botadura.

El cálculo del señor Etzler en este apartado es como sigue: para hacerse una idea de la energía que proporciona una marea, imaginemos un cuadrado de 100 millas de lado, o 10.000 millas cuadradas, en que una marea sube y baja 10 pies de media; ¿cuántos hombres harían falta para vaciar un recipiente de 10.000 millas cuadradas de base, y 10 pies de profundidad, lleno de agua de mar, en seis horas y cuarto, y volver a llenarlo en el mismo tiempo? Dado que un hombre puede sacar 8 pies cúbicos de agua marina por minuto, y 3.000 en seis horas y cuarto, harían falta 1.2000 millones de hombres o, puesto que sólo pueden trabajar la mitad del

tiempo, 2.400 millones, para sacar tres billones de pies cúbicos, o toda la cantidad necesaria en el tiempo dado.

Esta energía puede emplearse de formas diversas. Puede levantar un gran cuerpo, hecho de los materiales más pesados que puedan flotar, y, una vez amarrado al extremo de una balanza que se apoye en suelo firme o en un soporte sólido anclado al fondo, cuando la marea baje, todo el peso se descargará sobre el extremo de la balanza. Asimismo, cuando la marea suba podrá ejercer una fuerza casi igual en el sentido opuesto. Puede utilizarse siempre que se dé con un punto de apoyo.

Sin embargo, dado que este uso de la marea necesita apoyos firmes en el suelo, lo normal será empezar a emplearlo cerca de masas de agua poco profundas, o sobre la arena, y extenderlo luego gradualmente mar adentro. La orilla de los continentes, las islas y las playas suelen estar rodeadas de agua poco profunda, de no más de 50 o 100 brazas hasta 20, 50 o 100 millas y aún más allá. Las costas de Norteamérica, con sus vastos arenales, islas y rocas, pueden ofrecer cómodamente, para este fin, un terreno de unas 3.000 millas de largo, y un promedio de 100 millas de ancho, o 300.000 millas cuadradas, las cuales, con una energía de 240.000 hombres por milla cuadrada, como hemos indicado antes, mediante mareas de 10 pies de profundidad, equivaldrán a 72.000 millones de hombres, o 24 millones por cada milla de costa.

Plataformas de todos los tamaños, asentadas sobre el lecho marino a lo largo de la costa, y hasta mar adentro, podrán cubrirse de tierra fértil para albergar árboles y plantas de toda

condición, formando jardines más espléndidos, iguales a los que acoge la tierra firme, así como edificios y maquinaria, para operar no sólo en el mar, donde se encuentren, sino también para ampliar su funcionamiento, por medio de conexiones mecánicas, a muchas millas de distancia al interior del continente. (*El sistema mecánico* de Etzler, pág. 24.) Así, esta energía puede cultivar muchas millas de suelo artificial en la superficie del mar, cerca de las costas, y varias millas de tierra firme al borde de las aguas, con la mayor calidad imaginable; puede erigir ciudades en la orilla, formadas por los palacios más magníficos, cada uno de ellos rodeado de jardines y de los paisajes más delicados; puede aplanar las colinas y las escarpaduras, o elevar promontorios para gozar de vistas despejadas al campo y al mar; puede cubrir las orillas estériles de suelo fértil y embellecerlas de diversas formas; puede despejar el mar de escollos y facilitar el acceso a las costas, no sólo para los barcos, sino también para grandes islas flotantes, que podrán ir y venir entre las distintas regiones del mundo; unas islas que brindarán a sus habitantes toda la comodidad y la seguridad que permite la tierra firme.

Así, una energía derivada de la gravedad de la luna y de los océanos, que hasta ahora sólo había sido objeto de estudio para la curiosidad ociosa del erudito, podrá dirigirse primordialmente a la creación de las moradas más exquisitas a lo largo de la costa, en las que los hombres podrán disfrutar de las ventajas del mar y del suelo firme a la vez; las costas serán en lo sucesivo franjas paradisíacas entre mar y tierra, abarrotadas por doquier por una población densísima. Las costas y el mar dejarán de ser tal como las dispone la cruda naturaleza,

sino que acceder a ellas será muy fácil y agradable, y ni siquiera existirá el incordio del rugido del oleaje, modelado por sus habitantes para su propio provecho; del mar se habrán erradicado todos los obstáculos al libre movimiento, y sus productos, como el pescado y demás, se concentrarán en unos receptáculos grandes y apropiados, a fin de ofrecérselos a los pobladores de las costas y océanos.

Ciertamente, la tierra tendría un aspecto agitado durante las mareas vivas y las mareas muertas, y estos barcos-isla —estas *terra infirmæ*— que materializan las fábulas de la Antigüedad conmueven nuestra imaginación. Más de una vez hemos pensado que el emplazamiento más adecuado para una vivienda era la costa, ya que la lección constante y la impresión que ofrecería el mar podrían dejar una honda huella en la vida y la personalidad del habitante terrestre, y quizá incluso añadir una tonalidad marina a su imaginación. *Marinero*, una palabra noble: el que conoce bien el mar. Todos y cada uno de nosotros deberíamos tener un poco de eso. Se trata de una región a la que vale la pena pertenecer: no nos gustaría que el hombre la deshonrase. Tal vez deberíamos ser a la vez marineros y terreros, e incluso a nuestras Montañas Verdes⁸ les vendría bien un poco de ese verde marino.

El cálculo de la energía de las olas es menos satisfactorio. Mientras que hasta aquí sólo se ha tenido en cuenta la energía media del viento y de las mareas, para ellas

8. Sitas en el estado de Vermont.

se parte de la altura máxima, pues se considera que se alcanzan diez pies por encima del nivel del mar; si a ello añadimos diez pies más de desnivel, nos resultan veinte pies, que es la altura máxima de una ola. De hecho, se calcula que la energía de las olas, producida por el viento cuando sopla oblicuamente y desde una posición desfavorable sobre el agua, ha de ser no sólo tres mil veces mayor que la de la marea, sino cien veces mayor que la del propio viento, si llega a su objetivo en ángulo recto. Es más, se mide la energía por el área del receptáculo, y no por su longitud, y parece olvidarse que el movimiento de las olas adopta principalmente una forma ondulatoria, y ejerce su poder sólo dentro de los límites de una vibración; de lo contrario, los propios continentes, con sus anchas costas, no tardarían en vagar a la deriva

Queda por último la energía procedente del sol, gracias a cuyo principio Arquímedes ideó el espejo ustorio, una multiplicación de lentes que reflejan los rayos del sol en el mismo punto hasta que alcanza el grado de calor deseado. La aplicación principal de esta energía será hacer hervir agua y producir vapor.

Ya no será un enigma cómo crear riachuelos de agua dulce y pura en islas flotantes en mitad del océano. Al transformar el agua marina en vapor se destillará agua dulce, dejando la sal en el fondo. Así, las máquinas de vapor de las islas flotantes, dedicadas a la propulsión y a otras funciones mecánicas, servirán al mismo tiempo para destilar agua dulce, la cual, recogida en contenedores, podrá redistribuirse mediante canales por toda

la isla, mientras que allí donde haga falta se la enfriará por medios artificiales y se convertirá en agua fresca, superando en salubridad a la de los mejores manantiales, porque la naturaleza raras veces destila agua tan limpia, y sin mezclarla con sustancias menos puras.

Hasta aquí las energías más novedosas, que ya se usan en una humilde medida. Pero en la naturaleza existe un sinnúmero de otras, que ni se han descrito ni descubierto. Mas, de momento, bastará con las siguientes. Una consistiría en que el sol sea tan satélite nuestro como la luna. Porque, así como la luna es la causa de las mareas, y el sol la del viento, que, a su vez, es la causa de las olas, todo el trabajo en este planeta sería cosa de estas influencias remotas.

Pero ya que estas fuentes de energía son muy irregulares y están sometidas a interrupciones, el siguiente objetivo será demostrar la forma en que pueden hacerse capaces de operar de manera continua y uniforme para siempre, hasta que la maquinaria deje de funcionar, o, en otras palabras, capaces de realizar el movimiento perpetuo. [...] Hasta ahora, la energía eólica se ha aplicado de manera inmediata en la maquinaria para hacerla funcionar, y hemos tenido que esperar a que el viento sople; y la operación se detenía en cuanto el viento dejaba de soplar. Pero el modo de utilizar esta energía, que explicaré enseguida, consiste en utilizarlo sólo para captarla y almacenarla y servirse de ella más tarde, en cualquier momento, en la cantidad que sea requerida para hacer funcionar las máquinas. La

energía almacenada reaccionará cuando se le pida, y podrá hacerlo mucho después de que se haya acabado el viento. Y aunque el viento se interrumpa durante muchos meses, gracias a esta fuente de energía podremos disponer de un movimiento perpetuo y uniforme de manera muy sencilla.

La pesa de un reloj al que se le ha dado cuerda nos ofrece una imagen de esta reacción. El hundimiento de esta pesa es la consecuencia de este acto. No hace falta esperar a que se haya parado antes de volver a hacerlo, sino que puede volver a dársele cuerda en cualquier momento, parcial o totalmente; y si se hace siempre antes de que la pesa llegue al fondo, el reloj no dejará de funcionar en ningún instante. De un modo semejante, aunque no exactamente igual, es posible causar una reacción a mayor escala. Por ejemplo, podemos propulsar agua mediante el uso del vapor o del viento hasta un estanque instalado en un lugar elevado, del que podrá verterse a través de una acequia sobre una rueda o algún otro dispositivo que haga funcionar una máquina. Así, podemos almacenar agua en algún estanque elevado y emplearla cuando haga falta en la cantidad que se desee utilizar, gracias a lo cual la energía original podrá reaccionar muchos días después de haber terminado. [...] Tales depósitos de una altura o tamaño moderados no tienen por qué ser artificiales, ya que abundan en la naturaleza, por lo que necesitarán muy poca ayuda para ser utilizables. No requieren una forma regular. Cualquier valle con hondonadas cercanas podría servir para este propósito. Pueden llenarse grietas pequeñas. Este es el tipo de lugares que puede escogerse para iniciar una empresa de este calibre.

Cuanto mayor es la altura, por supuesto, hará falta menos agua. Pero imaginemos una región plana o seca; en ese caso, colinas y valles, o «estanques elevados», deberán construirse por la fuerza; o, si las corrientes de agua son particularmente bajas, podrá emplearse barro o piedras, y entonces los problemas derivados de la fricción se verán compensados por su mayor gravedad. Ni un ápice de tierra se desperdiciará en construir estos estanques artificiales, dado que «podrán cubrirse con balsas alfombradas de tierra fértil, y podrá cultivarse en ellas como en cualquier otro lugar».

Y por último, mediante el uso de gruesas capas que conserven el calor, o de otros dispositivos, «la energía del vapor que causa la luz solar puede reaccionar a voluntad, y de este modo hacerse perpetua, con independencia de que esta luz se interrumpa a menudo o durante mucho tiempo» (*El sistema mecánico* de Etzler).

Podría pensarse que aquí hay bastante energía para hacer algo con ella. Estos son los poderes terrenales. Oh constructores de molinos, oh ingenieros, oh obreros y diseñadores de toda laya, no volváis a quejaros nunca de falta de energía; ésta es la infidelidad más burda. La cuestión no es cómo vamos a obtenerla, sino qué haremos con ella. No hagamos un uso avaro de algo que se nos ofrece con generosidad.

Obsérvense las revoluciones que tienen que realizarse en la agricultura. Primero, en el nuevo mundo rural, una máquina deberá arrancar todos los árboles y piedras que se encuentren a la profundidad deseada y apilarlos en mon-

tones; la misma máquina, «con una pequeña modificación», aplanará entonces el suelo a la perfección, hasta que no queden colinas ni valles, y cavará los canales, las zanjas y las carreteras adecuados. La misma máquina, «con alguna otra modificación», tamizará el suelo a conciencia, proveerá la tierra fértil traída de otros lugares si hiciera falta y la plantará; y, finalmente, la misma máquina, «con una pequeña adición», segará y recogerá la cosecha, la aventará y la molerá, o la prensará para producir aceite, o la preparará como haga falta para su consumo. Para la descripción de estas máquinas, nos remitimos al *Sistema mecánico* de Etzler, páginas 11 a 27. Nos habría gustado ver ese *Sistema mecánico*, aunque no sabemos con certeza si se ha publicado o de momento sólo existe como proyecto de su autor. Tenemos gran fe en él. Pero por ahora no podemos detenernos en sus aplicaciones.

Cualquier entorno salvaje, incluso el más hostil y estéril, puede convertirse en el vergel más fértil y ameno. Los pantanos más siniestros pueden purgarse de sus excrecencias, rellenarse y nivelarse, para atravesarlos con canales, zanjas y acueductos que permitan drenarlos del todo. Si hace falta, el suelo se mejorará cubriéndolo o mezclándolo con un suelo rico procedente de lugares lejanos, y reducido a fino polvo, nivelando y tamizando para extirpar cualquier raíz, semilla o roca, y segando y plantando en el orden y la simetría más hermosos, con frutales y hortalizas de todo tipo que se adapten al clima.

Se adoptarán nuevos medios de transporte y locomoción:

Vehículos grandes y espaciosos, capaces de transportar cargas de miles de toneladas, correrán por carriles llanos adaptados para una velocidad de cuarenta millas por hora, o unas mil millas al día, y podrán llevar por tierra hombres y mercancías, casas pequeñas o cualquier otra cosa que ofrezca comodidad y desahogo. Islas flotantes, construidas con troncos o con materiales similares derivados de la madera, como se hace con la piedra, y de árboles vivos, que puedan plantarse de forma que se entrelacen entre sí y refuercen de este modo el conjunto, podrán cubrirse con jardines y palacios, y propulsarse con motores potentes para que puedan navegar a idéntica velocidad por mares y océanos. Así, el hombre puede desplazarse, con la celeridad del vuelo de un pájaro, por paraísos terrestres, de un clima a otro y ver el mundo en toda su variedad, e intercambiar los excedentes de producción con naciones lejanas. El viaje de un polo al otro será cosa de un par de semanas; la visita a un país situado en ultramar se hará en una semana o dos; y un viaje alrededor del mundo, en uno o dos meses por mar y tierra. ¿Y por qué hay que pasar un invierno terrible todos los años si sobran los lugares del globo en que la naturaleza ha sido bendecida con un verano perpetuo y una vegetación tan lujuriantemente como variada? Más de la mitad de la superficie terrestre no conoce el invierno. Los hombres dispondrán del poder de eliminar y prevenir los efectos perniciosos del clima y disfrutar permanentemente de la temperatura que se adecue a su condición física y les convenga más.

¿Quién sabe? Tal vez si acumulamos energía hasta el final de este siglo y utilizamos entre tanto sólo la cantidad

más modesta, reservando todo lo que sopla, todo lo que brilla, todo lo que fluye y refluye, todo lo que se precipita, dispondremos de tal cantidad de energía como para sacar a la Tierra de su curso y desplazarla a otra órbita más veraniega, cambiando así la tediosa sucesión de las estaciones. O quizá las generaciones venideras no se conformen con la disolución del globo, sino que, dotándose de futuros inventos para el viaje aéreo y la navegación espacial, la raza en su conjunto podrá emigrar de la Tierra, para instalarse en algún planeta vacío, más al oeste; un planeta que pese a todo sea saludable, y tal vez etéreo, no compuesto de barro y roca, y cuyos estratos primarios estén dispersos, y en que no puedan crecer las malas hierbas. No hizo falta más que un poco de habilidad, una sencilla aplicación de las leyes naturales, una canoa, un remo y una vela de estera para poblar las islas del Pacífico; con poco más se poblarán las brillantes ínsulas del espacio. ¿Acaso por la noche no vemos en el firmamento las luces que se desplazan a lo largo de la orilla, como le ocurrió a Colón? No desesperemos ni nos amotinemos.

Las viviendas también deberían ser muy distintas de lo que conocemos hoy, si deseamos disfrutar plenamente de los medios puestos a nuestro alcance. Habrán de poseer una estructura para la que aún no tenemos un nombre. No serán ni palacios, ni templos, ni ciudades, sino una combinación de todos ellos, superior a cualquier cosa que se haya conocido. Se cocerá tierra para hacer ladrillos, e incluso se vitrificará la piedra mediante el calor: podemos cocer grandes masas de cualquier

tamaño y transformarlas en piedra u otra sustancia vitrificada de la mayor resistencia, para que duren miles de años, a partir de arcilla, o de piedras pulverizadas, mediante la aplicación de espejos ustorios. Esta tarea se realizará a cielo abierto, sin otra preparación que la obtención de la materia prima, que habrá que moler y mezclar con agua y cemento, modelándola o forjándola y orientando el foco de espejos del tamaño adecuado hacia la misma. El carácter de la arquitectura será muy diferente de lo que ha sido hasta hoy; se cocerán o forjarán unos bloques grandes y sólidos de una pieza, con la forma que se desee. El edificio puede consistir, por consiguiente, en columnas de doscientos pies de altura o más, y un grosor proporcional, y de una única pieza de material vitificado; se modelarán grandes bloques para sostenerlas y enlazarlas firmemente entre sí, con las juntas y molduras necesarias, y que no cedan sin romperse.

Unos espejos ustorios alimentarán las fundiciones de toda condición sin necesidad de trabajar, excepto en la creación de los primeros moldes, el suministro de metales y la recogida de los productos acabados.

Por desgracia, en el actual estado de la ciencia, debemos recoger los productos acabados; pero no pensemos que el hombre será siempre víctima de las circunstancias.

Un aldeano que fue de visita a la ciudad y vio las calles repletas de ladrillos y leña contaba que aún no estaba terminada, y si uno piensa en las incesantes reparaciones y reformas que se llevan a cabo en nuestras casas podría preguntarse con razón cuándo estarán acabadas. ¿Pero

qué impide que las moradas de los hombres en la tierra se construyan de una vez y para siempre con ciertos materiales resistentes, una especie de ingeniería romana o etrusca, de tal modo que el tiempo no haga más que adornarlas y embellecerlas? ¿Por qué no concluir la formación del mundo exterior para la posteridad, y dejar que los hombres puedan dedicarse a cuidar el interior? Desde luego que es posible satisfacer todas las necesidades y las emergencias en unos pocos años. Todo podría construirse y co-erse y almacenarse, durante este periodo de tiempo, breve para el mundo, frente a la eternidad virgen, y el globo estará bien abastecido y provisto, como nuestros navíos públicos, para viajar por el espacio, mientras nos «atamos al timón y dormimos frente al viento⁹» como quienes navegan de Lima a Manila.

Pero, retrocediendo un poco en nuestra imaginación, no hay que creerse que la vida en esos palacios de cristal será análoga a la vida en nuestras humildes casuchas de hoy. Ni mucho menos. Vestido de una vez y para siempre con un «tejido flexible», más resistente que el traje de cuero de George Fox¹⁰, hecho a base de «fibras vegetales», «aglutinadas» mediante «sustancias adhesivas» y dispuestas en forma de capas, como el papel, de cualquier tamaño

9. Verso del poema «Christian Morals» de sir Thomas Browne, publicado póstumamente en 1716.

10. George Fox (1624-1691), fundador de la Religious Society of Friends, era famoso por utilizar un traje de cuero que supuestamente había confeccionado él mismo.

y forma, el hombre dejará de preocuparse por sus ropas y por las angustias que conlleva.

Los veinticinco salones en el interior del cuadrado tendrán 200 metros de lado y de alto cada uno; los cuarenta corredores, cada uno 100 metros de largo y 20 de ancho; las ochenta galerías, de 1.000 a 1.250 pies de largo; unas 7.000 alcobas; todo ello rodeado y atravesado por las columnatas más imponentes y espléndidas que puedan imaginarse; suelos, techos y columnas separadas por intervalos tan diversos como amenos, brillarán y reflejarán hasta el infinito, todos los objetos y las personas, con un lustre esplendoroso de los colores más bellos, y formas y dibujos agradables. Todas las galerías, dentro y fuera de los salones, estarán provistas de miles de vehículos cómodos y elegantes, y la gente podrá desplazarse con ellos arriba y abajo, como aves, con total seguridad y sin esfuerzo. Cualquier individuo podrá procurarse los objetos cotidianos que le hagan falta a diario, mediante un sencillo giro de manivela, sin tener que salir de su apartamento; podrá tomar un baño en cualquier momento en agua caliente o fría, o de vapor, o de algún fluido creado artificialmente para recuperar fuerzas. Podrá disponer en cualquier momento y a su antojo de la temperatura del aire en su apartamento. Podrá producir en cualquier momento un aroma agradable de diversos tipos. Podrá mejorar en cualquier momento la calidad del aire, ese vehículo de energía vital. Así, mediante el empleo adecuado del conocimiento físico de nuestro tiempo, el hombre podrá mantener de forma permanente la serenidad de espíritu y, si no se manifiesta una enfermedad incurable o un defecto del organismo, conservará un

vigor constante, y su vida durará mucho más allá de lo que permite nuestra época.

Una o dos personas bastan para dirigir el manejo de la cocina. No tienen más que abastecerla y garantizar que los platos se sirven a tiempo, para después llevarlos, con la mesa y los recipientes, al comedor, o a los respectivos apartamentos privados, con un ligero movimiento de mano aplicado sobre una manivela. Cualquier deseo de un individuo será satisfecho dirigiéndose al lugar donde sea requerido el servicio; y, sea cual sea la exigencia en lo concerniente a la forma de preparación, cualquier persona podrá realizarla.

Este es uno de los ejemplos en que vemos acordarse el genio individual con el universal. Las frases del final contienen una verdad triste y austera, que nos recuerda a las sagradas escrituras de todas las naciones. Cualquier expresión de la verdad acaba adoptando al final una forma ética. He aquí el atisbo de un lugar selecto en el espacio, y de un fámulo en comparación con el cual todos los demás criados resultan insignificantes. Esperamos oír pronto algo más sobre él, pues incluso un palacio de cristal se queda corto sin sus inapreciables servicios.

Y, respecto al entorno del establecimiento:

Las vistas más conmovedoras que queden al margen de los apartamentos privados podrán disfrutarse desde las galerías, desde el tejado, desde sus torreones y cúpulas: jardines que se extenderán hasta donde llegue la mirada, repletos de frutos y flores, dispuestos en el orden más exquisito, con paseos,

columnnatas, acueductos, acequias, estanques, prados, anfiteatros, terrazas, fuentes, esculturas, pabellones, góndolas, lugares de recreo, etc., que deleitarán a la vista y agradarán al tacto y al olfato. [...] Paseos y caminos estarán hechos de láminas vitrificadas, sólidas y amplias, para que no alberguen suciedad en ninguna época del año. [...] Dado que las acequias se construirán con materiales vitrificados y el agua será perfectamente límpida y se filtrará o destilará si fuera necesario, podrán ofrecer las escenas más encantadoras que puedan imaginarse, en tanto que podrá admirarse una variedad de peces retozando por el fondo, al tiempo que servirán como soporte para deslizarse con suavidad entre paisajes compuestos de arte y naturaleza en hermosas góndolas, mientras que las orillas y el suelo firme se muestran cubiertos por tierra fina y aves acuáticas. Los paseos pueden albergar pórticos adornados con magníficas columnas, estatuas y otras esculturas; todas ellas creadas a partir de sustancias vitrificadas que durarán eternamente, mientras las bellezas de la naturaleza realzan su esplendor y su finura.

La noche brindará una ocasión similar para el disfrute y la emoción. Una variedad infinita de objetos y escenarios, imponentes, pintorescos y agradables, refulgirán a la luz de las lámparas de gas; y las propias figuras humanas, dispuestas de la forma más encantadora que el gusto pueda concebir, o que pueda desear el ojo, reflejarán el brillo de unos ropajes y joyas similares a gemas de diversos colores, diseñados con elegancia y perfectamente adecuados al cuerpo; todo ello centuplicado por enormes espejos y reflectores de diversas formas; grandes y magníficas escenas teatrales e ilusiones arrebatado-

ras, aún desconocidas, en las que cualquiera podrá ser actor o espectador; la voz y las canciones reverberando con un sonido creciente, exaltado y armonizado por unas bóvedas móviles capaces de adoptar cualquier forma en cualquier momento; la armonía musical más dulce e impresionante, producida por una voz y unos instrumentos que todavía sólo conocemos parcialmente, podrán conmovernos y alternarse con otras diversiones y placeres.

Por la noche, el tejado, y el interior y el exterior de toda la plaza, contarán con una iluminación de gas, que se refleja en los laberintos de columnatas y bóvedas de vidrio multicolor con un fulgor que otorga al conjunto el lustre de las piedras preciosas, hasta donde alcance la mirada: tales son las futuras moradas de los hombres. [...] Así es la vida que se le reserva a la inteligencia verdadera, pero preservada de la ignorancia, el prejuicio y la estúpida adhesión a la tradición. [...] Así es la vida doméstica que disfrutarán todos aquellos individuos que quieran participar de ella. El amor y el afecto podrán ser potenciados y disfrutados sin esos obstáculos que, en la actualidad, los contrarrestan, los arrinconan y los destruyen. [...] Por tanto, sería ridículo disputar y pelearse por los recursos para la vida, como lo es hacerlo hoy por el agua cuando se vive cerca de un río caudaloso, o por el permiso para respirar el aire, o por la leña en uno de nuestros vastos bosques.

Así es el Paraíso que merece ser Recobrado, y la derogación tan esperada de aquel antiguo y severo mandato. El hombre ya no se ganará el pan con el sudor de la frente. El trabajo se reducirá a «un ligero movimiento de mano aplicado

sobre una manivela» y a «recoger los productos acabados». Pero hay una manivela, ¡y cuán difícil es moverla! ¿No podría haber una manivela que accione la manivela, una infinitamente pequeña?, no podemos por menos de preguntarnos. Por desgracia, no. Pero hay una cierta energía divina en cada hombre, escasamente empleada hasta ahora, que podemos llamar la manivela interior: la manivela que está detrás de las demás, el primer motor de toda maquinaria, indispensable para cualquier tarea. ¡Ojalá fuéramos capaces de asirla! De hecho, ninguna tarea puede evitarse. Puede posponerse indefinida mas no infinitamente. Como tampoco puede hacerse con más facilidad ninguna faena realmente importante mediante la cooperación o las máquinas. Ni un ápice del trabajo que amenaza al hombre en la actualidad puede erradicarse sin haberlo llevado a cabo. No es posible ahuyentarlo de la vecindad como sí se hace con los chacales o las hienas. No huirá. Uno puede empezar por cortar los leños más finos, o por los más gruesos, pero al final hay que cortarlos todos.

No debemos dejarnos intimidar por esta vasta aplicación de fuerzas. Creemos que la mayoría de las cosas deben llevarse a cabo en el seno de la Industria. Al fin y al cabo, nos gusta pensar en el humilde individuo, a la vez constante y acumulado, que hay detrás de cada pala en el campo. Eso es lo que hace que los valles brillen y los desiertos florezcan de verdad. Hemos de confesar que a veces somos lo bastante degenerados para pensar con placer en aquellos tiempos en que los hombres tiraban del yugo como ganado y manejaban un palo retorcido a modo de reja de arar.

Después de todo, los grandes fines y los métodos eran los mismos.

Una objeción importante que puede hacerse a los planes del señor Etzler es que exigen tiempo, hombres y dinero, tres cosas demasiado superfluas y desagradables como para que les preste atención un individuo honrado y generoso. «El mundo entero —nos dice— podría convertirse, por consiguiente, en un paraíso en menos de diez años, empezando el primer año con una asociación cuya meta sea la construcción y el uso de la maquinaria». Percibimos una pasmosa incongruencia cuando se mencionan el tiempo y el dinero en este sentido. Los diez años que propone supondrían un periodo tedioso de espera aun cuando todos los hombres ocuparan sus puestos y cumplieran con su cometido, pero demasiado breve si creemos que vale la pena dedicarle ese tiempo. Pero este error no es ni mucho menos exclusivo de los planes del señor Etzler. En todos nuestros métodos abunda la urgencia y el barullo y escasean la paciencia y la intimidad, como si hubiera algo que hacer durante siglos. El reformador auténtico no necesita tiempo, ni dinero, ni cooperación, ni consejo. ¿Qué es el tiempo sino la sustancia con que se forja la demora? Y si hemos de depender de él, nuestra virtud no sobrevivirá al interés de nuestro dinero. El reformador no espera beneficios sino gastos; los costes comienzan en cuanto nos ponemos a calcular los costes. Y en lo que concierne al consejo, la información que ya flota en la atmósfera de la sociedad es tan inútil y evanescente como utilizar una hebra de telaraña a guisa de garrote de Hércules. No existe el

sentido común; es un sinsentido común. Si vamos a arriesgar un centavo o una gota de sangre, ¿quién nos aconsejará? Somos demasiado jóvenes para tener experiencia. ¿Quién es lo bastante anciano? Lo somos más por fe que por experiencia. Al extender el brazo para acometer una tarea hay una experiencia que vale por todas las máximas del mundo.

Habrá quedado claro que la ejecución de estas metas no es apta para individuos aislados. Si hoy lo es para el Estado, antes de que esta idea se vuelva popular, es algo que habrá que decidir; todo lo que hay que hacer es dar un paso al frente, después de madurar una reflexión, para confesar en voz alta las propias convicciones, y formar sociedades. El hombre es poderoso, pero sólo en unión con muchos otros. Nada podrá llevarse nunca a cabo individualmente para la mejora de su estado o el de sus congéneres.

¡Ay! Este es el pecado flagrante de nuestra época, esta falta de fe en la superioridad del hombre. Nada puede llevarse a cabo si no es en solitario. Quien pide ayuda está pidiéndolo todo. Ciertamente tal es la condición de nuestra debilidad, pero jamás podrá ser la forma de recuperarnos. Primero hemos de triunfar solos para que podamos disfrutar juntos de nuestro logro. Confiamos en que los movimientos sociales de que estamos siendo testigos son indicio de una aspiración que no podrá satisfacerse fácilmente. En lo que se refiere a la reforma del mundo, tenemos poca fe en las instituciones; no es así como fue formado.

Pero nuestro autor es lo bastante sensato para decir que las materias primas para materializar sus propuestas son «sobre todo el hierro, el cobre, la madera y la tierra, y una alianza de los hombres cuya mirada y comprensión no estén empañados por los prejuicios». En efecto, esto último es lo que más queremos: una compañía de *Odd Fellows*¹¹.

«Pequeñas acciones de veinte dólares bastarán» —en total, de «200.000 a 300.000»— «para crear el primer asentamiento para toda una comunidad de 3.000 a 4.000 individuos». Al cabo de cinco años tendremos un capital de 200 millones de dólares, y así el paraíso se habrá recobrado del todo al final del décimo año. Pero, por desgracia, los diez años ya han transcurrido y de momento no hay señales del Edén, debido a la falta de los fondos necesarios para iniciar la empresa con perspectivas halagüeñas. Sin embargo parece una inversión segura. Tal vez podrían arrendarse a un precio bajo, hipotecando la propiedad para mayor seguridad y, si hiciera falta, podría abandonarse en cualquier estadio del proyecto, sin pérdidas, con los bienes muebles.

Etzler considera su «discurso como una piedra de toque para comprobar si nuestro país está preparado para estas grandes verdades, a fin de elevar a la criatura humana a un nivel de existencia superior, en sintonía con el conocimiento y el espíritu de las mentes más instruidas de nuestro tiempo». Tiene lista una constitución, breve y concisa, consistente en treinta y dos artículos, para que allí donde

11. Nombre de una organización del siglo XVIII dedicada a la caridad.

se forme una nueva asociación pueda ponerse en marcha sin demora; y el editor nos informa de que «para cualquier discusión acerca del contenido de este libro es posible dirigirse a C. F. Stollmeyer, No. 6, Upper Charles Street, Northampton Square, Londres».

Pero vemos dos dificultades para ello. Primero, la aplicación exitosa de la energía de la máquina (no hemos visto *El sistema mecánico*) y, segundo, infinitamente más complicado, la aplicación del hombre al trabajo por fe. Esto es, nos tememos, lo que prolongará los diez años a diez mil como mínimo. Hará falta más que una energía «80.000 veces mayor que la que podrían ejercer todos los hombres de la tierra con sus músculos» para convencerles de que usen la que ya poseen. Más fuerza física le hará falta para soportar semejante energía moral. La fe es, desde luego, toda la reforma que se necesita; es una reforma por sí sola. Sin duda somos tan poco dotados para concebir un Paraíso como un Cielo, un mundo natural perfecto como un mundo espiritual perfecto. Ya sabemos cómo viajaron sin rumbo y se extraviaron otras épocas pasadas. «¿Acaso nuestra generación está a salvo del error y la irracionalidad? ¿Habríamos alcanzado la cima de la sabiduría humana y no nos queda ya más que buscar la mejora física o mental?». Está claro que nunca seremos lo bastante visionarios para prepararnos ante lo que nos aportará la próxima hora.

Μελλει· τὸ θεῖον δ' ἐστὶ τοιούτων φύσει¹²

12. «Así es lo divino, por su naturaleza», Eurípides, *Orestes*, 420, trad. de Carlos García Gual, Gredos, 2000.

La divinidad está a punto de existir, y tal es su naturaleza. En nuestros momentos de mayor sensatez segregamos una sustancia que, como el caparazón del crustáceo, se nos adhiere por todas partes, y más nos vale hacer como él y deshacernos de nuestra coraza de vez en cuando, aunque sea una perla del color más delicado. Pensemos en las condiciones tan desfavorables en que ha bregado la ciencia hasta ahora antes de proclamar con arrogancia sus progresos.

Los resultados del trabajo humano nunca han sido fruto de un sistema, sino que aparecían y se utilizaban según el capricho guiara a los hombres. [...] Sólo unos pocos eruditos se dedicaban a la enseñanza de la filosofía natural, de la química o de otras ramas de las ciencias de la naturaleza, de forma muy limitada, con metas muy limitadas y con medios muy limitados. [...] La ciencia de la mecánica se encuentra en pañales. Es cierto que se ha producido un avance tras otro, gracias al impulso de las patentes promovido por el gobierno; pero dichos avances se deben al azar o la suerte. No existe un sistema general de esta ciencia, pese a basarse en la matemática, que desarrolle sus principios en toda su plenitud y las líneas maestras de las aplicaciones a que dan lugar. Ni se plantea comparar lo que ya se ha explorado con lo que aún debe explorarse en esta ciencia. Los antiguos griegos situaban las matemáticas en lo más alto de su educación. Pero nosotros nos contentamos con memorizar conceptos sin molestarnos en razonar sobre ellos.

El señor Etzler no es uno de esos hombres prácticos e ilustrados: los pioneros de lo real, que siguen los pasos deliberadamente lentos de la ciencia, conservando el mundo; que materializan los sueños del siglo pasado, aunque no los tengan propios; y, sin embargo, su dominio es el basto pero sólido material de todos los inventos. Tiene un carácter más práctico que el que es habitual en teóricos tan audaces y en soñadores tan resueltos. Pero su éxito yace en la teoría, no en la práctica, y prefiere alimentar nuestra fe antes que satisfacer nuestra inteligencia. Su libro pide orden, serenidad, dignidad, de todo; pero no fracasa en comunicar lo único importante que el hombre puede comunicar a otro hombre: su propia fe. Es verdad que sus sueños no son lo bastante conmovedores o brillantes, y su autor deja de soñar antes del amanecer, justo cuando empieza a hacerlo el soñador. Sus castillos en el aire se derrumban porque no han alcanzado la suficiente elevación; deberían fijarse al tejado del cielo. Al fin y al cabo, las teorías y conjeturas de los hombres nos incumben más que sus pobres realizaciones. Si nos inclinamos sobre los aspectos reales y sedicentemente prácticos, lo hacemos con cierta apatía y frialdad. Qué poco nos interesan los inventos más asombrosos de los tiempos modernos. Son un insulto a la naturaleza. Cualquier máquina, o cualquier pequeña aplicación, parece un leve ultraje contra las leyes universales. ¿Cuántos magníficos inventos no llegan a acabar tirados por el suelo? Pensamos que sólo sirven los que rinden vasallaje a nuestros deseos animales y sensibles, que cuecen o destilan, que lavan o calientan, o hacen cosas por el estilo. ¿Pero

acaso no cuentan los que patentan nuestra imaginación y fantasía, y que funcionan tan admirablemente en nuestros sueños como para servir de guía a nuestros pensamientos diurnos? La naturaleza ya realiza todas esas funciones que la ciencia sólo está obteniendo a una escala mucho mayor de la que podría lograr de ella. Cuando la luz del sol cae sobre el camino del poeta, le permite disfrutar de todas las ventajas y los placeres que las artes realizan a lo largo de las épocas de manera lenta y parcial. Los vientos que le rozan la mejilla le ofrecen todas las ventajas y la felicidad que pueden producir sus inventos de estopa.

El principal defecto de este libro es que se propone garantizar únicamente el mayor grado posible de burda comodidad y placer. Pinta un cielo mahometano y se detiene abruptamente cuando nos parece estar llegando a los límites del cristiano: y creemos que esta distinción no es baladí. Sin lugar a dudas, si tuviéramos que reformar nuestra vida exterior sincera y completamente, no deberíamos omitir ningún deber de la vida interna. Tal tarea requeriría una dedicación plena por parte de toda nuestra naturaleza; y lo que hiciéramos a continuación sería una cuestión tan indiferente como preguntarle a un pájaro qué hará cuando haya construido su nido y sus retoños hayan crecido. Mas antes debe producirse una reforma moral, y la necesidad de la otra reforma le cederá el paso, y entonces viajaremos y cultivaremos con su sola fuerza. Hay un método más veloz que el que pueda enseñarnos *El Sistema Mecánico* para anegar pantanos, someter el rugido de las olas, domar hienas, preservar entornos acogedores, diversificar la

tierra y regarla con «riachuelos de agua dulce»; y es el poder de la rectitud y la honradez. Si queremos un jardín sólo es por un tiempo; de forma ocasional, diría yo. Ciertamente, un hombre bueno no necesita trabajar para aplanar una colina en aras de un proyecto, o cultivar frutas y flores y construir islas flotantes en aras de un paraíso. Disfruta con proyectos que van mucho más allá de cualquier colina. Por donde viaje un ángel habrá un paraíso en todo momento, pero por donde viaje Satanás habrá pedrisco y cenizas ardientes. ¿Qué dice Vishnu Sarma? «Aquel cuyo espíritu está en calma posee todas las riquezas. ¿Acaso quien tiene el pie encerrado en un zapato no siente que toda la superficie de la tierra está cubierta de cuero?».

El que está familiarizado con los poderes sobrenaturales no adorará a deidades inferiores como el viento, las olas, las mareas y la luz solar. Pero no deberíamos menospreciar la importancia de los cálculos que hemos descrito. Hay verdades en física porque las hay en ética. Nadie podría pretender calcular el poder de la moral. Supongamos que pudiéramos comparar lo moral con lo físico y decir, por ejemplo, a cuántos caballos de vapor equivaldría la fuerza del amor soplando en cada metro cuadrado del alma humana. No hay duda de que somos bien conscientes de esta fuerza; las cifras no serían capaces de reducir el respeto que sentimos por ella; y toda la luz del sol equivale a solo un rayo de su calor. La luz solar no es otra cosa que la sombra del amor. «Las almas de los hombres que aman y temen a Dios —dice Raleigh— reciben el influjo de la propia luz divina, y por eso Platón dice que el brillo del sol y

de las estrellas no es más que una sombra. *Lumen est umbra Dei, Deus est Lumen Luminis*. La luz es la sombra del fulgor de Dios, que es la luz de la luz» y, podríamos añadir, el calor del calor. El amor es el viento, la marea, las olas, la luz solar. Su poder es incalculable; equivale a muchos caballos de vapor. Nunca se agota, nunca se afloja; puede mover el globo sin descanso; puede calentar sin fuego; puede alimentar sin carne; puede vestir sin ropas; puede abrigar sin techo; puede crear un paraíso en cuyo interior no hará falta un paraíso exterior. Pero aunque los hombres más sabios de todos los tiempos se han esforzado en dar a conocer su fuerza, y el corazón humano, tarde o temprano, más o menos, esté obligado a sentirlo, qué poco lo utilizamos con fines sociales. Ciertamente, ésta es la fuerza motriz de toda maquinaria social que funcione; pero, como ocurre en física, lo único que hacemos es valernos de los elementos para que trabajen un poco a nuestro servicio: el vapor ocupa el lugar de unos cuantos caballos; el viento, de algunos remos; el agua, de un puñado de manivelas y molinillos. Así como las fuerzas mecánicas aún no se han destinado generosa y ampliamente a hacer que el mundo físico responda al mundo ideal, de momento el poder del amor sólo se ha empleado con austeridad y racanería. Sólo ha patentado máquinas como los hogares de caridad, los hospitales y la Bible Society, mientras su viento infinito sigue soplando, y a veces hasta derribando incluso estas mismas máquinas, de vez en cuando. No somos ni mucho menos capaces de almacenar su poder ni de prepararnos para actuar

con mayor energía aún en el futuro. Así pues, ¿no deberíamos invertir nuestras acciones en esta empresa?



**Justificación: En uno de los raros textos teóricos que revisiten un interés real para los traductores, decía Schleiermacher que una traducción puede encararse fundamentalmente de dos formas: «O bien el traductor deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro, o bien deja lo más tranquilo posible al lector y hace que vaya a su encuentro el escritor». Para poner en castellano este escrito de Thoreau se ha optado por la primera opción, es decir, verter «lo que pone» (como decía el responsable de la traducción de una poeta del siglo XIX a veces hermética), pese a que en ocasiones no se supiera muy bien lo que quería decir el autor, con la convicción de que incluso un supuesto lector normal coetáneo del ciudadano de Concord habría encontrado esos pasajes oscuros o ambiguos. La otra posibilidad habría supuesto inevitablemente una usurpación inadmisible del texto. Disculpe, pues, el amable lector las ambigüedades de esta traducción y acepte de buena fe que, en el fondo, no son otras que las del original.*

El traductor





